

VÍSPERA DE NAVIDAD

Por Diana Gutiérrez Camacho

Sentada en la azotea del edificio más alto de la ciudad, la muerte miró al cielo. Las estrellas eran el espectáculo de la gélida noche. Colocó un cigarrillo entre sus dedos y mientras buscaba en su bolsillo un encendedor, apareció frente a su cara, una mano enfundada en un guante blanco, que le ofreció fuego. La muerte rechazó la atención y dijo:

—¡No soy tu puta!

—Veo que estás de mal humor. Es una linda noche. ¿Trabajando?

—¿Esperabas que me quedara en casa a preparar pavo?

—No precisamente, pero no esperaba encontrarte.

—Eres patético, Santa. Sabes que en esta noche del año siempre coincidimos. ¿Por qué sigues usando ese ridículo traje?

—El rojo me va bien. Orden de los patrocinadores. Tú deberías vestir algo menos minimalista, ese look al estilo Steve Jobs es bastante aburrido y te hace ver más amargada. Supe que falleció.

—Sí. Murió de cáncer de páncreas. Ojalá me lo hubiera podido llevar más rápido pero, como sabes, nadie se puede ir sin cumplir su misión. Así que date prisa, gordo, y entrega esos paquetes, si me sobra un minuto de esta noche, te prometo que te vas conmigo, sólo por el placer de no encontrarte las próximas navidades.

—Afortunadamente eso no depende de ti. Te recuerdo que no tienes poder de decisión, eres una sirviente más del universo. Además, el mundo necesita a Santa.

—No creo que alguien te necesite, el capitalismo sí.

—¡Psicópata!

—¡Muérete, imbécil!

Así se despidieron. La muerte y Santa tenían una relación tóxica, sus encuentros eran impredecibles. En ocasiones podían conversar y parecer amigos, y otras veces llegaban a la exasperación, a insultarse e incluso golpearse.

En cierta ocasión, Santa le llevó como regalo una máscara de scream, sólo para reírse a carcajadas de ella. En venganza, la muerte lo dejó atorado en una chimenea algunas horas. Esa vez muchos no recibieron sus regalos.

Como bien señaló Santa, ella estaba de mal humor. Ejecutar órdenes era parte de su trabajo, pero la tarea de esa noche la llenaba de impotencia. El tiempo avanzaba. Ella debía actuar. Revisó nuevamente la lista. Su cigarrillo estaba en las últimas. Le dio una última fumada y entonces lo soltó al vacío, aún encendido. La explosión fue inmediata. En pocos segundos todo el silencio fue desplazado por alaridos de sirenas de ambulancias y patrullas.

Las calles aledañas al hospital fueron cerradas, ambulancias y bomberos no dejaron de transitar mientras el fuego trataba de escapar por las ventanas del edificio tras haber devorado las instalaciones del ala infantil. Los noticieros especularon sobre un posible ataque terrorista, hasta que se confirmó que la causa fue una fuga de gas.

La muerte caminaba entre la multitud cuando Santa, con su traje sucio y dañado por las llamas, se dirigió a ella. Se le acercó firmemente y le dijo:

—¡Maldita psicópata de mierda! ¿Un incendio? ¡Eran niños! ¡Es navidad, por Dios!

Dándole varios empujones, le soltó un puñetazo. La muerte no se defendió. Ella también hubiera querido que hubiera sido de otra forma: cerrándoles los ojos en su cama, o ir por ellos cuando dormían, mientras soñaban con unicornios de colores. Que hubiera sido en otro día, incluso en día de reyes, pero no en víspera de navidad. Si hubieran sido adultos tal vez no se hubiera sentido tan culpable, tan asesina.

Permaneció ahí, ensimismada, observando las llamas, mirando los pequeños cuerpos quemados, escuchando el dolor de los corazones desgarrados de los padres.

Dio la media noche, las campanas de una iglesia cercana tañeron. El trabajo estaba hecho. La muerte se alejó de la escena mientras decía:

—Nunca me acostumbraré a esto.